

VICENTE CUYÁS Y LA FATTUCHIERA.

Ayer cumplieron sesenta años que Vicente Cuyás murió. Murió con la aureola que circunda la frente de los grandes artistas que se van jóvenes de este mundo, y fué llorado y celebrado como sabia llorar y celebrar á sus hombres aquella generacion vibrante que floreció en Barcelona por los años de 1840.

Cuyás murió el 7 de marzo de 1839. Habia nacido en Mallorca (tan fecunda en artistas esquisitos) el año 1816; habia estudiado composicion en Barcelona con el maestro Vilanova, y el 23 de julio del año 1838, á los 22 de su edad, puso en escena en el Teatro de Santa Cruz su ópera «La Fattuchiera». He aquí cómo salió anunciada la representacion, aquel dia, en este mismo *Diario de Barcelona*: «Teatro: Hoy, á beneficio del Hospital general de Santa Cruz, se ejecutará la primera representacion del melodrama en dos actos *La Fattuchiera*, música del joven barcelonés D. Vicente Cuyás, en el cual tendrá el honor de presentarse por primera vez la señora Marieta Fernandez, española, en calidad de *altra prima donna*, desempeñando la parte de Argeo. El interés que indefectiblemente debe escitar la novedad de una ópera cuyo libreto, escrito por Romani sobre una interesante novela del vizconde d'Arlincourt, y refundido, con motivo de circunstancias locales, por un joven de esta ciudad, acaba de poner en música otro paisano nuestro, que ya anteriormente habia dado muestras parciales, bien que nada equívocas, de sus conocimientos filarmónicos, con general aplauso de los inteligentes, ha sido un poderoso motivo para que la Administracion del caritativo establecimiento de este Hospital la aceptara gustosa y hasta con entusiasmo por su beneficio. ¡Ojalá una feliz esperiencia compruebe el acierto de la eleccion y sea tan grande la concurrencia como universal el aplauso que la concedora Barcelona tribute al estudioso compositor!»

El aplauso fué efectivamente universal ¡y qué aplauso! Los que ahora van para los ochenta años y que entonces eran jovencitos de alrededor de los veinte, recobran por un momento el brillo de su mirada juvenil cuando hablan del éxito de la *Fattuchiera*. Pablo Piferrer, aquel hombre de naturaleza artística, sin igual quizás entre nosotros en todo el siglo, y que tambien murió en la flor de la edad, escribió al dia siguiente en *El Guardia Nacional* un artículo de crítica que empezaba de este modo: «Roja todavía la frente de entusiasmo, trémula la mano y palpitante el corazon de mil diversas emociones, tomo la pluma para expresar mi amistad á un amigo, para dar, si así puedo decirlo, un convulsivo abrazo de artista á un artista eminente.»

¡Qué ingenuidad y qué actualidad la de estas frases! Bien se ve que no empieza con ellas una crítica fria, una crítica con regla y compás como á veces propendemos á considerar que hubieron de hacerla siempre los viejos de ahora, olvidándonos de que tambien fueron jóvenes y tambien tuvieron sus arrebatos juveniles, y sus apasionamientos, y su *modernismo*, que entonces era romanticismo.... y ahora quizás tambien lo es; bien se ve, por aquella entrada en materia, que el artículo de Piferrer sobre la *Fattuchiera* va á ser un artículo de crítica que hoy llamaríamos impresionista, pero dentro de esta crítica, hecha por impresion personal tal como hoy pudiera hacerse, hay una sustancia de arte tan sólida tambien hoy como el dia en que se escribió, y que nos revelan en Piferrer una intuicion de precursor. Véase si no:

Habla de la sintonía de la obra y dice que «el compositor comprendió perfectamente la filosofía de su arte. Porque, efectivamente—añade—¿qué es una sintonía?... Para ser verdaderamente tal es preciso que desenvuelva el espíritu, la esencia, las combinaciones morales, sociales, filosóficas ó políticas materializadas en la obra, el pensamiento artístico, la primera idea vaga, vaporosa, sin perfiles, sin sombras, sin toques de luz: lejos de anticipar ninguno de los medios de la accion es preciso que incite y mueva la curiosidad y los deseos.... Una abertura es toda la ópera en resumen, no los temas de la ópera, sino el tema general, el sentido íntimo, la poesía de ella...»

¿Qué otra cosa podria decir un crítico moderno? Pero todavía es mas notable el *wagnerismo*, digámoslo así, de las siguientes frases referentes á una de las piezas de la obra: «..... Y luego aquel bajo continuo, aquel bajo que jamás sigue las variaciones de consonancia de los demás sonidos, aquel que al principio

choca á los oídos, luego penetra en la cabeza, descarga un martillazo á cada compás, se apodera del cerebro, invade todas nuestras facultades, va prolongándose poco á poco dentro nuestro cráneo hasta convertirse en un zumbido continuo y derrama un tinte uniforme sobre toda la *pregghiera*, como si quisiese denotar que la melancolía de Ismailia tiene una sola idea fija, que uno solo es su pensamiento, uno solo su objeto y, en fin, que, de día y de noche, siempre Oscar ocupa su memoria».

Pero hay mas que esto, hay un presentimiento que ya pasa de presentimiento. «Si el *libretto* de la *Fattuchiera*—continúa Piferrer—hubiese caído en otras manos que en las de Cuyás, seguramente en el *allegro* del *duo* en cuestion, Ulrico hubiera empezado un canto, Blondello lo hubiera repetido y quizás despues lo hubieran entonado á *duo*; pero como parece que Cuyás se atiene á la letra, es decir, considera una ópera como un drama cantado, como una representacion de sonidos, ya armonías, ya melodías, y considera á la música ó los sonidos como un complemento, como una espresion espiritual de lo que no puede decir toda la poesia pasada, presente y futura, no ha seguido este orden». Es la teoría de Wagner en su «Opera y drama» espresada casi con las mismas palabras.

¿Era que Cuyás al componer su obra y Piferrer al juzgarla presentían la gran revolucion que se estaba preparando en la música dramática, ó es que todos los grandes artistas de todas las escuelas han visto siempre dentro de cada una de ellas algo la realidad que siempre es la misma, que está inmanente en el fondo del Arte?

Tanto da. Lo que resulta de todos modos es que sesenta años atrás habia en Barcelona espíritus que bien podemos llamar hermanos nuestros hasta por su especial modo de vibrar, y que, al conmemorarlos ahora, para comprenderlos, no hemos de hacer sino entrar en lo mas íntimo de nosotros mismos y reconocernos en ellos. Y esta conmemoracion les habrá de ser seguramente la mas grata.

A los pocos meses de su gran triunfo, á los 23 años de edad, el día 7 de marzo de 1839, Vicente Cuyás murió físico. Ante una sollozante comitiva de amigos y admiradores fué enterrado en el nicho número 1.386 del Cementerio antiguo.

Al cabo de sesenta años hemos tenido la rara suerte de oír tocar y tararear al piano por un poeta de aquella generacion algunos fragmentos de la *Fattuchiera*. Era en una sesion íntima (no pasaban de tres los oyentes) y hecha en tales condiciones, que la reunion parecia un conciliábulo misterioso en el que eran evocadas la obra y su época; aquella época en que Rossini era el maestro indiscutible y Meyerbeer el *enfant terrible* revolucionario. El dulce Bellini nos sonreía entre las lágrimas, como el hombre nuevo, como el autor á la moda, que ignoraba el porvenir wagneriano, el cerebralismo del drama musical y la atormentada música moderna; solo Piferrer, pensativo y tembloroso, parecia presentirlo todo; pero nosotros olvidábamos en tal momento aquel porvenir que nos ha sido presente y empieza á sernos pasado, y revivíamos con Cuyás aquel drama y aquella música de un sentimentalismo inocente, pero intenso, que entusiasmaba á nuestros abuelos y hacia soñar á nuestras madres. Envueltos en la atmósfera de aquella resurreccion tambien nos entusiasmábamos y tambien soñábamos, y la *Fattuchiera* nos impresionaba como una cosa nueva, como un éxito actual. El intérprete de la obra en el piano se rejuvenecía y nosotros nos envejecíamos, y por un momento su emocion y la nuestra coincidieron.

La partitura de la *Fattuchiera* no se ha publicado nunca. La obra vive solo en la memoria y en el lejano entusiasmo de una generacion de la que quedan ya pocos sobrevivientes. Uno de ellos, el anciano maestro Piquer, cuñado de Cuyás y enamorado coleccionador de nuestras canciones populares antes que la moda las acariciara, guarda todavia el manuscrito donde duermen aquellas notas aclamadas por un público hoy difunto, y que tal vez vuelvan á ser aclamadas por otro público del porvenir, cuando hayan pasado bastantes años para que el *belletrismo* aparezca como una resurreccion.

De modo que, al conmemorar hoy con emocionado recuerdo el 60.º aniversario de la muerte de Vicente Cuyás, que espiró abrasado en los primeros esplendores de su gloria naciente, presentímonos que retrotrayéndonos al pasado, no hacemos sino anticiparnos al porvenir. ¡Misterios del arte y del tiempo!

J. MARCALL.